

Piojoso... Piojoso... Piojoso...

Y en seguida, mi madre:

—¿No oyes, niño?

—Sí, madre.

Lo soltaba todo, me colgaba en bandolera la vieja bolsa de lona, de manera que quedara el lirio morado para fuera, buscaba la gorra y salía.

Me paraba en el huerto para inventariar el morral. La pizarra, el libro de lectura de cuarto, el cuaderno de problemas, la aritmética, el palillero, el lápiz, la goma y las reglas. No me faltaba nada. Podía seguir.

Subía la callejuela, atravesaba la Plaza bajo la copa del negrillo, saludaba al señor Arnaldo, siempre plantado en los soportales, y delante de la tienda de las Pintas ya llevaba los faldones de la camisa fuera.

—¡Ven acá, infeliz!

Desgarbado y desaliñado, les ponía el prestigio de modistas por los suelos.

La mayor me metía la camisa por dentro, me enderezaba la cruz de los tirantes, y la marcha continuaba.

La escuela, al final del pueblo, tenía mimosas alrededor. Por delante pasaba la carretera de alquitrán, en reparación desde hacía años, que salía de Oporto y llegaba hasta Bragança. Bordeada de montones de cascajos, arsenal inagotable y siempre a mano para amedrentar a pedradas a los de Anta, era por donde Canca, encaramado en su moto, aparecía y desaparecía a cien por hora, en una nube de polvo.

—¡Por ahí va el diablo montando a su padre! —gritábamos desde la explanada del viejo caserón rectangular, de un solo piso, que, en sus traseras, servía también de casa al maestro. Tenía ventanas abiertas todo alrededor. Por uno de los lados dejaban ver de lejos el Marão, muy

azul en verano y muy blanco en invierno, y mal se le notaba que en tiempos hubiera estado encalado. En la fachada central, entre dos rodrigones, se balanceaba la campana.

Piojoso... Piojoso... Piojoso...

Si tiene piojos, lo raparán... Si tiene piojos, lo raparán..., respondía la de Fermentões, cuando el viento soplabá a favor.

Se entraba por la puerta lateral, porque la otra, la principal, siempre con edictos clavados avisando a los reclutas de las fechas de incorporación y a los labradores de los plazos de las contribuciones, daba al salón noble en donde el profesor hacía las bodas. Uno de los testigos obligados era el tío Manuel, el herrero, que era de la región del Miño y sabía manejar bien el palo¹. Se echaba en el suelo, ponía a sus tres hijos a darle bastonazos, terminaba zurrándolos él y se levantaba sin la más ligera descalabradura. Tenía la herrería allí mismo, y, por comodidad, le llamaban a él. Asistía a la ceremonia con el sombrero en la mano, muy convencido, y firmaba al final solemnemente, como si fuese el sacristán del Registro Civil.

El maestro, calzado con abarcas y sofocado bajo su capote, esperanzado siempre en el «venga a nosotros», nos recibía según fuera el goteo.

—¿Cómo está usted?

—¡Hola, pardal! ¿Ahora llegas?

—He traído una cesta de patatas, que ya le he entregado a la señora Marquinhas, y eso me ha atrasado una pizca...

—Bueno, bueno... Mira a ver si mañana engrasas esas piernas.

Cuando la docena de huevos tardaba o se nos olvidaba el embutido, él mismo se encargaba de recordárnoslo. Y hasta los más pobres se presentaban con el saquillo al hombro. Pero había dares y dares, y el tono de la acogida variaba de acuerdo con éstos.

—¿Y tú, personajillo?

—Fui a atar la burra...

—¡La burra tiene las costillas anchas!

¡Que si las tenía! Espernacado en ella, iba yo como unas pascuas, entonando por la vega, de cabo a rabo, la

¹ Juego tradicional: especie de esgrima del pobre.

historia rimada de *João Soldado* que dejaba paralizado al Marreta, molido de trabajo en los Três Bicos. Soltaba el azadón, se apoyaba en su palo, y se maravillaba con los versos y la memoria del recitador.

*Era una vez un muchacho
bien nacido y malhadado...*

—¿Quieres ganarte el jornal cantando? —me preguntaba bromeando cuando pasaba frente a él.

—No señor. Tengo que ir a la escuela.

—¡Pues qué pena, porque te lo pagaba bien!

Pero el maestro no quería saber nada de juegos.

—Sólo por hoy, las cosas se quedan así. ¡Pero vuelve a repetir la hazaña y verás lo que te pasa!

Me sentaba en el primer banco, a la izquierda de Jerónimo, mi compañero. En un instante, estaba preparado. El señor Botelho se levantaba entonces de la silla, bajaba de la tarima y ordenaba en tono solemne:

—¡Saquen papel! ¡Dictado!

Al oír esta palabra, el aula se quedaba en silencio. Había en todos, grandes y pequeños, un gran respeto por el dictado y por los alumnos que lo hacían. Mientras éste duraba, claro.

El profesor carraspeaba, limpiando su garganta del catarro de fumador, y empezaba, después de repetir en voz alta «Dictado»:

—El calor dilata los cuerpos...

Era la hora del recogimiento en la escuela. A ninguno nos daban ganas de salir, a mear, o a satisfacer otra necesidad cualquiera. Los de primero deletreaban la lección con la boca cerrada y el que ya sabía de cuentas, hacía cuentas.

El maestro, apoyado en su mesa, el libro en la mano izquierda, la caña de bambú en la derecha, continuaba:

—El calor, coma; la luz, coma; el sonido, coma; son agentes físicos. Punto. Fí-si-cos... Ya no se escribe con ph, como les he enseñado. Todavía hay ciertos autores que lo emplean, pero sólo por terquedad...

De hecho, el señor Botelho se había dado cuenta de que Júlio Fraga, en ese llevarse el palillero a la boca, en ese mirar fijamente el techo, dudaba en la «ph».

—La física es una ciencia... Estén atentos: ¡física! Acuérdense de los acentos...

Y continuaba dictando y adivinando los errores y las dificultades de cada uno.

En la primera fila no se podían hacer trampas. Que nadie intentase apuntar o pedir que le apuntasen: eso significaría una lluvia de capones inmediata. A pesar de ello, en la última fila, el Boca Torta, con una mímica inverosímil conseguía echar una mano al Codinhas, al que las bes y las uves traían siempre de cabeza.

Sudábamos todos. Pero nos limpiábamos apresuradamente las manos en la camisa, no fuésemos a emborronar la escritura que había de ser vista y calificada por el Inspector, como solemnemente nos habían avisado.

Hasta que salía de la boca del maestro el anhelado punto final, secundado por un explosivo murmullo de alivio de toda la escuela.

Empezaba entonces la corrección, con sus reglazos, sus tirones de orejas, y sus llantinas.

Pero los párvulos, que habían tomado de nuevo la palabra, no querían saber nada de desgracias, y seguían cantando monótonamente.

—La be con la a, ba; la be con la e, be; la be con la i, bi; la be con la o, bo; la be con la u, bu; tres por una, tres; tres por dos, seis; tres por tres, nueve; tres por cuatro, doce...

—Y se ha muerto el Bayetas, a la puerta del Cagaretas... —remataba el Rey Grillo.

Y así, más o menos, terminaba la clase de la mañana.

Por la tarde la cosa era peor, por aquello de las llamadas a la pizarra.

—Un depósito mide diez metros de largo, cuatro y medio de ancho y de altura tiene tres veces la décima parte de su longitud. Quiero saber cuántos toneles de agua contiene, sabiendo que el tonel tiene veintidós cántaros y el cántaro dieciséis litros.

Era asunto para muchos golpes. Por el tamaño del enunciado cada uno de nosotros calculaba los cachetes que le iban a tocar. Y entonces sí que nos daban envidia los

párvulos, allí, al final de la clase, junto al reloj y al contador.

La be con la a, ba; la be con la e, be...
 ¡Y nosotros con un trabajón de aquéllos!
 —¡Venga... venga...! ¡Dale, Silvino!
 La be con la a, ba; la be con la e, be...

El depósito se ponía de lágrimas hasta el borde. Los ojos de todos nosotros parecían fuentes que lo iban llenando.

Ya resuelto el problema, pasábamos a la historia.
 —¿Quién fue el fundador de la dinastía de Avis?
 —João I, el de Feliz Memoria, llamado así porque...

El rostro del señor Botelho se iba serenando. Y cuando llegábamos a la urbanidad, tras haber papagayeadado también la Geografía (Nogueira, Bornes, Padrela, Marão, Larouco, Gerês... ²), la vida parecía un mar de rosas. El maestro nos hablaba de la patria, de la familia, del buen ciudadano y del alto significado de la fiesta del árbol que estaba al llegar, y para la cual andábamos ensayando el himno.

¡Oh, escuelas, sembrad!...

En los años anteriores habían sido otros los héroes de esa fecha memorable. Los de cuarto eran los que abrían la zanja, enderezaban el tronco, y los que lo abonaban, sujetaban con estacas y regaban, más tarde. La gente menuda de las otras clases engrosaba el cortejo, se desgañitaba cantando, y nada más. En el momento principal hacía el papel de estatua. Pero finalmente había llegado nuestro turno. Y oíamos la lección patriótica con aire convencido. Nosotros íbamos a ser los obreros del futuro, la esperanza en marcha, los hombres del mañana. Todo en el simple acto de dar acogida a una raíz en la tierra...

¡Lo peor era que el señor Botelho, en la clase siguiente, empezaba otra vez desde el principio!

—Trae acá las uñas, que yo te abro las entenderas...

Pero el día de la fiesta fue bonito. Parecía que el sol se reía en el cielo, el discurso del maestro arrancó lá-

² Principales cumbres trasmontanas.

grimas a los asistentes, y el olmo que plantamos, mientras oíamos palmas y cohetes, ahí está, en la plaza del pueblo, alto y frondoso como lo soñamos entonces.

Rival del señor Botelho, y sin recurrir a sus mismos métodos, la vida nos daba también sus lecciones cotidianas, en una generosidad pedagógica que iba de la Encomendación de las almas, en la Cuaresma, al coro de María Cavaca cuando cavábamos las viñas.

La Encomendación me traspasaba por dentro. A deshoras, cuando el cuerpo iba a entrar en el sueño, irrumpía desde el crucero un canto lúgubre, que oscurecía aún más la habitación.

*¡Hombre, mira que eres tierra!
¡Recuerda que has de morir!
¡Que has de dar cuentas a Dios
de tu buen o mal vivir!*

Anidado en la cama, sentía un escalofrío cada vez que oía una de estas advertencias terribles. Aquellas palabras anónimas, fúnebres, heladas, que parecían venir del otro mundo, se me clavaban en la conciencia como puñales. Avivaban en ella la imagen dolorosa de la primera noche de mi vida. Todavía me acuerdo de otra más antigua, pero tan vagamente, que llego a dudar de si fue real. Había titiriteros en la Plaza. La mayor parte de la concurrencia estaba formada por chiquillos como yo. Ya sólo me acuerdo del personaje principal, que tocaba el trombón, y de un canario que desaparecía de la jaula y aparecía en el bolsillo del Arrumba. Infelizmente, cuando estábamos en lo mejor de la fiesta, nos echaron a todos a latigazos y a patadas por no haber echado ni una moneda en el correspondiente platillo. Sé que salí echando chispas por la callejuela abajo, que me di un golpe en la esquina de mi casa, y que al día siguiente amanecí con un gran chichón en la frente. Una reminiscencia imprecisa a la que nunca conseguí dar mayor claridad. Para noche nítida en la memoria, la de la muerte de mi abuelo.

Fue a mediados del invierno. Dormíamos ambos en la casa de arriba, en donde él había vivido siempre y en donde quiso permanecer cuando se quedó viudo. Mi madre, a la que al principio no quería mucho y que terminó conquistándolo a fuerza de mimos hasta el punto de tener por ella más consideración que por su propia hija, vino a traerle la cena. Mi abuelo, sentado en la cama, se tomaba el caldo y se bebía un real de aguardiente. Después, rezaba. Sólo que sus Padrenuestros y sus Salves eran en verso.

*Oh mi Dios inmenso
yo quiero ser vuestro;
y por eso os rezo
este Padrenuestro.
A vos me encomiendo
con mucho cuidado;
a vos que en el cielo
sois santificado.*

Aquel día, cuando llegó a la leche migada, ya no quiso comer más y yo arrebañé el tazón. Mi madre salió y él empezó a recitar. De repente, se quedó callado y se metió bajo las sábanas. El candil, colgado en la pared, siguió esperando que lo soplasen. Pero mi abuelo, en vez de apagarlo, ponía los ojos en blanco y se revolvía en la cama. Acabó enrollándose en la ropa y cayendo al suelo. Se dio primero con la nuca en la tapa de la caja que servía de mesilla, y después se quedó extendido en el suelo, babeando. La congoja no me dejaba comprender. Aterido de frío encima del jergón, desnudo de cintura para abajo, vacilaba entre el silencio y la alarma. El abuelo roncaba y no se movía. Entendí, finalmente, que se estaba muriendo. Me puse a gritar, aterrorizado. Acudió mi tía Mariana, que vivía al lado, pared por medio. Estaba a mal con nosotros por cosas de las particiones. Quería que yo le abriese la puerta de comunicación del balcón. ¡Sí, hombre! —y me puse a gritar más fuerte. Mi madre me oyó y vino corriendo. Llegó primero ella y detrás mi padre, que ya estaba acostado. Me fui a dormir a su cama. A la mañana siguiente vi que el Paivoto le tomaba las medidas al abuelo. Por la tarde todavía llegué a vislumbrarlo, vestido de negro, extendido en una caja con orlas doradas, con un cru-

cifijo de latón entre las manos agarrotadas y un pañuelo blanco sujetándole la barbilla. A la hora del entierro me mandaron que llevara la cabra a pastar.

El coro de María Cavaca³ era de naturaleza distinta, olía a polen y estimulaba sólo a los instintos.

Así como había comidas propias para cada faena —sopas de miel y vino en las mallas, chicharrones con patatas en la poda de las viñas—, también en cada una de ellas se cantaba o se hacían burlas de diferente manera. En la siega, era así:

—*¡A mí!*

—*¿Qué tienes?*

—*Me he cortado con la hoz...*

—*¿Quién te cura?*

—*Piedra dura.*

—*¿Quién te ama?*

—*Sebastiana.*

—*¿Y quién lleva el burro?*

Decían el nombre del que querían fastidiar y comenzaba el griterío.

—*¡Lleva el burro! ¡Lleva el burro! ¡Lleva el burro!*

Una vez en Fonte Codinha, el Pelirrojo, que tenía malas pulgas, de enrabetado que se puso con la broma, llegó a disparar un tiro de escopeta en medio de los surcos.

Cuando participaban las mujeres en lo que se andaba haciendo, las cosas nunca pasaban de la raya. Pero en las cavas de Mayo, en que sólo admitían hombres hechos y derechos, era una desvergüenza.

Putá María Cavaca...

¡Uh!... ¡Uh!...

Los que trabajaban en Reguengo comenzaban, y los de Barrosa respondían.

Mujer sin ningún respeto...

¡Uh!... ¡Uh!...

³ Figura simbólica de vieja prostituta.

Y luego otro, allá lejos:

De las que tienen...
¡Uh!... ¡Uh!...

En la escuela sólo se oía bien la réplica de los de Tapada:

¡Y el agujero del culo estrecho!...
¡Uh!... ¡Uh!...

El diálogo, cada vez más obsceno, iba invadiendo montes y valles. Pero nadie se tapaba los oídos. Al contrario: todos los aguzaban, fingiendo que no prestaban atención.

Hasta que la aldea quedaba envuelta en una nube de polvo y de sensualidad. Pasaba una muchacha por el camino, frente a las pujantes viñas, y los hombres enterraban los azadones en la tierra y relinchaban.

Entre los dos extremos, estaba la Navidad y el juego de los confites con dados en torno al leño ardiendo, la matanza del cerdo de madrugada, a la luz de los hachos, el hilado en la cuadra del Varandas, en donde yo leía escenas de la Biblia a la gente del pueblo, el antruejo, y Pedro el de la Joana Pedra, vestido de cura, enterrándolo a media noche con responsos obscenos en latín, y el día en que se «sierra a la vieja»⁴, en que hasta orinales llenos nos caían encima.

Se sierra a la vieja,
se vuelve a serrar...
¡Ay, querida abuela!...

Para no hablar del Vía Crucis y del Cumplimiento Pascual que precedían al Aleluya de la Resurrección.

El Vía Crucis era un jolgorio. En el camino de la iglesia, Maria da Purificação iba delante leyendo el bre-

⁴ Rito celebrado a la terminación del invierno: los muchachos recorrían el pueblo insultando a las viejas, y amenazándolas con serrarlas.

viario. Mientras todo el acompañamiento se arrodillaba, se daba golpes de pecho y besaba el suelo, nosotros andábamos por los barrancos cogiendo campanillas y lirios silvestres. No sé por qué, la primavera nos sabía mejor así, gozada rebeldemente a costa de los adultos penitentes.

—*Las gotas de sangre que derramó, fueron doscientas treinta mil...*

—*Alabado sea el Señor...*

—*Las lágrimas que lloró por nuestros pecados, fueron seiscientas mil doscientas...*

Nos parecía que era demasiado y nos reíamos a escondidas.

El Cumplimiento Pascual nos lavaba el alma de las impurezas del año.

—Mañana vas a confesarte —me ordenaba mi madre.

Y yo iba. Recitaba ante la reja purificadora la lista de mis pecados veniales, me fijaba bien en la penitencia no se me fuera a olvidar, recibía la absolución, y en la misa del domingo comulgaba.

Pero ninguna de esas comuniones regulares valía lo que la primera, hecha aún bajo la tristeza resentida que había dejado en mi corazón la muerte del abuelo. Oía las oraciones del catecismo, que me enseñaban las señoras de la catequesis, y repetía en silencio las oraciones poéticas que estaban en él. Por fin, conseguí saber de memoria el misterio de la Santísima Trinidad y todos los Mandamientos, y pude presentarme al Banquete Eucarístico. Pero antes dije un sermón en nombre de todos los que iban a comulgar.

Fue en la fiesta de la Virgen del Amparo. En medio de la capilla atestada de gente, me subí en una banquetta, y encomendé la miseria humana a la misericordia divina. Me habían escogido para hablar por todos, y me tomé el papel en serio. La multitud deshecha en lágrimas y yo, seco como la pólvora, clamando:

—Jesús, Salvador, compadécete de nuestra pobre condición de mortales. Danos la fuerza necesaria para resistir a las tentaciones, a fin de que en el terrible día del

Juicio final podamos presentarnos con el rostro descubierto ante el resplandor de tu majestad omnipotente...

Nervioso e inseguro al principio, a medida que iba pronunciando la plática que me había aprendido de memoria, sentía crecer dentro de mí una calma extraña, hecha de no sé qué confianza en la fuerza de mis palabras. Tenía la impresión de que hablaba realmente con Dios, y de que él me oía, obligado por la convicción que yo, medio penitente y medio resabiado, ponía en lo que decía.

Después, ufano de esa aventura, íntima y pública al mismo tiempo, me tragué la sagrada forma sin tocarla con los dientes, y me salí fuera para comer cabrito asado. Estaba en ayunas desde la media noche y ya eran las dos de la tarde.

Mirando a la multitud, sentada pacíficamente a la sombra de los castaños del atrio de la ermita, atenta únicamente a la fiambarrera, mal podía creer que fuese la misma gente que poco antes había luchado a sangre y fuego en la Plaza.

La fiesta de la Patrona se celebra en Agarez el día 15 de agosto. Es una romería como no hay otra en los alrededores, conocida por todo el Duero, que atrae gentío de las cinco partes del mundo. Cada aldea de la parroquia regala unas andas. Y todas tienen el capricho de presentar las más bonitas, en un desafío que ya viene de antiguo.

Ese año los de Donelo prepararon el paso de San Blas. Ahora bien, sucede que las relaciones entre Donelo y Agarez nunca fueron buenas. Hay incluso en Donelo un refrán que dice: *A Agarez sólo una vez y no ha de ser por mis pies*. Encarnizados de tal manera unos contra otros que hasta los entierros son un peligro constante para muertos y para vivos. Baste sólo recordar lo que sucedió en el funeral del Caballería. Por culpa de la campana —los de allí no querían dejar de doblar, los de aquí que ya estaba bien de tanto badajear— lo arrasaron todo en el atrio. Hay quien dice que el cura ni siquiera bendijo realmente al difunto, porque el sacristán, por escarnio, le había puesto orín en el acetre del agua bendita.

El paso tenía tres tramos y representaba la torre de Agarez. Era una bofetada de los de Donelo al orgullo